



FOTOS ROSA FUENTES

Hacer el camino a pie puede considerarse una proeza por lo que muchas personas utilizan el caballo como medio de transporte

Curiosa cabaña de la calzada romana con dos puertas: Una para la casa y otra para el ganado o utensilios

Dolia, Rosa FUENTES

Se encuentra en un estado tal de deterioro, que si no se la restaura acabará perdiéndose

«S U perduración bimilenario me ha suscitado la hipótesis de si no sería ya conocido y aprovechado antes de la invasión como vía de enlace entre los astures cismontanos de tierra de León y sus hermanos ultramontanos de la Asturias de hoy». De este modo, el historiador Claudio Sánchez Albornoz indica una teoría más sobre la procedencia de la «Calzada Romana de la Mesa», también conocida como «Camino Real» y que atraviesa parte de la cordillera asturiana partiendo desde Torrestío (León) hasta Grado enlazando los valles correspondientes a las dos cuencas que discurren paralelamente: hacia el poniente la comarca que pertenece a los concejos de Belmonte y Somiedo y hacia el nacimiento, Teberga. LA NUEVA ESPAÑA quiso conocer de cerca este recorrido, partiendo el viernes 30 de agosto de Torrestío para llegar a Dolia (en el concejo de Belmonte), el sábado 31, y poder verificar tras caminar 39 kilómetros, el estado ruinoso en el que se encuentra, en la mayor parte de los tramos la Calzada Romana de la Mesa. El recorrido fue desarrollándose de la siguiente manera: A dos kilómetros de dejar Torrestío, tras haber pasado el Puerto Ventana, hay que abandonar el coche y comenzar a pie. El primer tramo del camino presenta una pequeña dificultad por la elevación del terreno con un doce por ciento de subida que permite contemplar desde lo alto el pueblo de Torrestío, el último que veremos en toda la mañana. El inmenso valle cubierto en gran parte de piedra caliza recoge bajo el cielo una insistente música de ovejas y cabras, ocultas tras las montañas, que serán los únicos seres vivientes del día, a excepción de dos hombres montados a caballo que durante dos días llevaban recorriendo los montes de Teberga y Somiedo y que se dirigían a la fiesta de Cueiro, lugar donde, en un principio, habíamos decidido pasar la noche.

Sin apenas apreciar la sombra de los abedules, cerbales de cazadores, hayas y rebollos, llegamos a lo alto del puerto de la Mesa. La leyenda cuenta que este nombre se le fue dado en la época en la que don Pelayo batallaba por estas tierras y que sus acompañantes le subieron una mesa para que pudiera comer cómodamente en la llanura.

Los piornos

Tras pasar la fuente de Los Huesos, «Las Argüetchas», «Las Saleras», «Ente la venta» y «La Tchomba el prau», llegamos a «El muro», el lugar perfecto para hacer un descanso y comer para

Dos días de camino a través de la calzada romana del puerto de la Mesa



La braña de «ruyales», una de las que se encuentran a lo largo del camino, con sus techos

luego emprender de nuevo camino en dirección a Piedrajueves.

Lo que en un principio resultaba agradable y divertido, pues el paisaje alcanzado con la vista es un auténtico espectáculo natural entre montaña y montaña, se convirtió de pronto en una pesadilla: El Camino Real está en buenas condiciones durante el recorrido de la mañana pero una vez pasado el «Campo de la Magdalena», «El cabanín», «El descargadorio», aparecen una gran cantidad de piornales entre los que se pierde el camino. Durante un par de kilómetros el cuerpo ha de ir agachado y apartando constantemente las ramas de piornos y con escasa visibilidad. En este tramo, se perdió más tiempo del debido en vista de lo cual decidimos hacer noche antes de llegar a Cueiro, en la venta de Pie-

drajueves donde antes estaba situada la capilla de Santiago de la que ya no quedan restos.

La venta de «Piedrajueves» estaba ocupada por dos pastores a los que preguntamos dónde podíamos dormir: «hay una cuadra ocupada por una vaca que la tenemos aparte porque está coja, pero si quieren la podemos sacar y hay buen sitio para dormir y además no hace frío». El buen sitio no era demasiado cómodo, puesto que un cuerpo cansado acepta cualquier lugar para reposar, pero el hecho de no pasar frío era lo suficiente para aceptar la posada pues, pese a que el día había estado extremadamente caluroso, las noches de «Piedrajueves» son muy frías, incluso en verano, hecho que ya se confirma antes del anochecer y más cuando uno de los pastores nos comenta

que «hubo algún año que nevó en el mes de agosto».

Para calentar la cena decidimos hacer un fuego al lado de la cuadra y de este modo conseguimos atraer la atención de un grupo de cinco personas que se dirigían a la fiesta de Cueiro. Nuestra sorpresa fue en aumento a medida que nos iban relatando su viaje. Ellos habían salido también de Torrestío con la gran diferencia de que el camino que nosotros habíamos recorrido durante todo el día, ellos lo habían hecho en seis horas solamente y además no habían atravesado el piornal, gran pesar con el que nosotros habíamos cargado para el resto del día, porque conocían el camino y sabían los atajos. La noche pasó lentamente teniendo el pesebre y el suelo como cama y nidos de ratones por almohada

por lo que el amanecer fue rápido para comenzar el nuevo día de camino, intentando escapar de las horas fuertes del sol.

A unos dos kilómetros de «Piedrajueves» está el «puerto de San Lorenzo» que cuenta con una bajada importante —un desnivel del once por ciento sobre el terreno— y una subida del cinco y seis por ciento, y aún quedan dos horas para llegar a Cueiro, donde precisamente ese día se celebraba la fiesta. Y dejando atrás la venta de Cueiro, ya sólo quedan cuatro horas de camino hasta llegar a Dolia donde estaría el final de nuestro recorrido. Este tramo, aunque no tiene piornales, está bastante cubierto de espinos y con alguna pronunciada pendiente tanto hacia arriba como hacia abajo por lo que se hace bastante costoso, influyendo igualmente el hecho de que por esta zona hay

pocas fuentes, al contrario que en el resto del camino.

Como ruta turística, la Calzada Romana, es una de las más hermosas que se pueden encontrar en la geografía asturiana sin que sea excesivo decir, también en la de España. Pasear por ella es un verdadero encuentro con la belleza y armonía del paisaje sin que el inconveniente del estado en que se encuentra signifique un obstáculo para caminar. Pero el hecho es real, y tanto el sendero, que en muchos de los sitios se sigue por pura intuición y no porque se vea con claridad, como las muchas cabañas de teito y antiguas ventas que se encuentran según van pasando los kilómetros, necesitan una urgente restauración y conservación que, de no llevarse a cabo, harán del Camino Real un camino más en el que la historia se pierde aunque el paisaje se conserve.